

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIII

Marzo de 1936

Núm. 129

Puntos de vista

Bécquer y el olvido

El centenario de Gustavo Adolfo Bécquer no tuvo resonancia alguna en el voluble corazón de esta generación chilena. No creemos que tuviera tampoco resonancia de ninguna especie en el corazón igualmente voluble de otras generaciones americanas. La fecha pasó sin ruido, de puntillas, como temerosa de turbar las horas de desenfreno que vive la juventud. Bécquer ha pasado ya al rincón inevitable del olvido. No fué el hombre de hierro, ni el hombre de las conquistas. No anduvo a trastazos con la política. Recibió una herencia de pobreza y debió batallar como pudo contra un ambiente egoísta y feroz. Nacido en pleno esplendor romántico, fué azotado rudamente por la adversidad. Mientras Larra se partía la frente de un pistolazo, Bécquer irrumpía en la poesía castellana con un acento que no ha tenido par. Aquél era la sátira amarga, el desdén ácido, todo lo que en el romanticismo fué desesperación y crítica. Y este era el poeta del amor desesperado. El poeta del amor puro, sin mezcla alguna de elementos extraños al lirismo. Con todo, había en esa naturaleza poética todo lo que da al amor la vida en martirio. Bécquer sufrió en carne viva las puntadas terribles de los celos, del dolor y de la rabia. Y por eso, pudo decir: «SI RODANDO MAÑANA, ESTE VENENO—ENVENENA A SU VEZ, ¿POR QUÉ ACUSARME?—¿PUEDO DAR MÁS DE LO QUE A MI ME DIERON?».

Sin embargo, he aquí que el poeta a un siglo de su suplicio ha pasado en silencio en la fecha en que los poetas y los hombres de

emoción debieron por solidaridad, exaltar al infortunado cantor, cuya existencia se arrastró penosamente, entre desengaños y amarguras. En él está la imagen de lo que ha llegado a ser más tarde el poeta, o para ser más amplios, el artista. La juventud que bebió en sus rimas los más puros acentos de la emoción y comunicó por ellos, sus propias inquietudes; las mujeres que le amaron en la memoria limpia de sus versos y con ellos soñaron o fueron felices en la soledad, ¿que han hecho para recordarlo? Ya ni siquiera le leen con el fervor de antes. Apenas si recuerdan aquellas golondrinas, que nunca volverán.

Trastornado el mundo, anegado por la ola materialista, zumba sobre la cabeza de los hombres el viento de las realidades sórdidas. Un poeta que cantó: «COMO SE ARRANCA EL HIERRO DE UNA HERIDA, TU AMOR DE LAS ENTRAÑAS ME ARRANQUÉ»... no encuentra ya quienes le entiendan. No se arranca hoy el amor de las entrañas como un hierro. Se pasa sonriendo sobre toda herida. Y el amor mismo no es sino biología. Y quien puede hacer un alto, para evocar a los grandes espíritus que adivinaron las tempestades interiores en los demás, sólo por haber sufrido en sí mismos las tragedias más feroces?

Así Bécquer ha sido olvidado por esa masa general. Le recuerdan los selectos, los buenos espíritus fraternales, los románticos que aun yerran perdidos en el desierto áspero de la realidad, sin espíritu en que el mundo ha puesto su planta. Y lo recuerdan con rubor, temerosos de mostrar su admiración por el lírico, inquietos de comprender que serán zaheridos en eso que imaginan empaque de la varonía. La varonía de hoy que presume de fuerte, de entera, de integral, sólo porque se desdeña el goce del espíritu y se amordaza el corazón o se le encadena para que no deje fluir la vena de la emoción, llamada vergonzante. Y en esa vena aun está viva la verdad de la grandeza humana, que al fin es sólo espíritu, es decir, sensibilidad, inteligencia para no engañarse a sí mismos.

Pasó, pues, Bécquer sin estridencias, sin sesiones solemnes, sin discursos académicos. Esto no hubiera importado. Porque el

engolamiento de las academias y el tieso espíritu de sus oraciones vacías, de nada hubieran servido para la rememoración del poeta. Pero la juventud estuvo muda, fingió no recordar, se dió aires de perdonavidas. Muchos de ellos han bebido en Bécquer. Muchos de los que intentan volar, le han pedido sus alas o se las han arrancado, en despoblado, sin previo consentimiento al noble y triste y dulce poeta, tan moderno y tan auténtico como el que más. Callaron, para no rendir homenajes al que fué de ayer, porque rendirlos hasta en la máxima poesía, es sentar plaza de retrógrados. Así es la varonía de hoy. En Bécquer hubieran encontrado respuesta a muchas interrogaciones secretas, si se hubieran dado el trabajo de entenderlo no conforme a las presuntuosas arrogancias de escuela, sino en razón de las altas y puras de la sensibilidad.

Nuestra Historia en Europa

Un escritor francés, Jacques Bainville, recientemente fallecido, publicó un libro, LOS DICTADORES, cuya traducción castellana acaba de lanzar una editorial chilena. Ese libro contiene documentos inestimables para revelar la ignorancia de los escritores europeos en punto a materias históricas de los países hispanoamericanos. Bainville, tan estimable por otros capítulos de su obra, ha demostrado en este libro lo que desde hace tiempo vienen demostrando, con empecinamiento singular los escritores franceses, su desconocimiento, cuando no total de la historia americana, insuficiente en la documentación. A Bainville le ha ocurrido lo último. Un pequeño retrato de Portales y unas pocas notas sobre la vida chilena, bastan y sobran para revelar su desconocimiento de la materia. Es sensible, porque Bainville gozaba de cierta autoridad en Francia y las derechas especialmente entre las cuales se contaba, le habían reconocido como uno de sus más sólidos puntales.

Pero ya estamos habituados a este desconocimiento. Gran parte de él debe cargarse a la cuenta de nuestra representación diplomática que no ha querido o no ha podido realizar la verdadera